

21 DE JULIO DE 1879.

Madrid.

—Te invito a ver el eclipse, me dijo un amigo, grande aficionado a la astronomía. Tengo un magnífico telescopio...

—Mil gracias, le contesté. No pienso ver ninguno hasta que se invente el único procedimiento eficaz para observar los astros; el globo. Todo lo demás lo encuentro un poco aburrido, y eso que recuerdo haber viajado por el cielo sirviéndome de uno de los buenos telescopios que se conocen... El del Observatorio de París. Un tubo cuyo cristal mide cerca de metro y medio de diámetro y siete de largo; puesto en una máquina grande como un edificio... Aparato colosal; el ojo de la tierra curioseando los mundos del cielo.

—Le conozco.

—Además, las observaciones astronómicas me ponen triste. Alejan de la tierra, y de sublimidad en sublimidad, se llega hasta el delirio. Precisamente por haber estudiado algo de astronomía, tengo acerca de la tierra y del hombre una teoría.

—¿Cuál es? Sepamos.

—Mira: Dios es un Sér bondadoso que no puede haber creado a los hombres sino con el propósito de que sean felices... Pues bien; nosotros no somos felices, sino desgraciados.

—¿Por qué?

—Si, ya sé que dirás que la felicidad del hombre está en la otra vida; pero ya lo ves, para la mayoría no estará allí tampoco: en vez de rezar, el hombre se dedica, pongo por caso, a falsificar carpetas, a robar mujeres, y otros excesos... luego no todos irán al Paraíso.

—¿Y qué?

—Que sin duda hubo una equivocación. Dios hizo cada mundo con su personal correspondiente; pero estaba de prisa y se distrajo, sin duda; y nos puso en otro mundo distinto del que en su mente nos había destinado. Una distracción la tiene cualquiera. —De aquí nace que no estando hechos físicamente para vivir en la tierra, hemos tenido que inventar el sastré y el arquitecto, y siendo nuestra inteligencia inferior a la esencia de las cosas de este mundo, no le comprendemos.

—¿Bella teoría!

—Y en cambio rodará por esos espacios otro planeta que es el que fué hecho para nosotros; en el que debíamos ser felices y donde vivirán por equivocación otros seres fuera de su centro, conquistando la vida con inauditos esfuerzos; y como nosotros desgraciados.

—¿Melancólico estás...

—Estoy en... eclipse.

Nos hemos anticipado en nacer. Si hubiéramos nacido hace solamente tres años, podríamos solicitar una plaza en *Los jardines de la infancia*, inaugurados en la calle de Daoiz y Velarde. Descubierta, al fin, que ese método es el mejor para la enseñanza; nosotros que seguimos otro, ¿podemos asegurar que estamos bien educados?

Y nos hubiéramos divertido más en nuestra infancia. En vez de dejar los juegos propios de la edad para aprender, hubiéramos ido sabiendo conforme hubiéramos ido jugando. Nuestra educación física, intelectual, estética, moral y religiosa hubiera sido una verdad, porque hubiera sido una broma.

Los niños, ciertamente, no pueden aprender nada en serio. Los niños son la poesía y la gracia; que sólo saben jugar: si se les ha de enseñar algo ha de ser con juegos; pues que los juegos sean sabios. Todo esto lo discurrió un alemán; es decir, la quinta esencia de la filosofía y la cerveza.

En el jardín de la escuela recientemente inaugurada se ven dos bustos: el de Froebel y el de Montesinos. Ilustres pedagogos cuyo mérito mayor consistió en ser viejos y sentir y pensar como niños.

—Una de las cosas porque me agrada este sistema de educación, decía un concurrente— es porque indudablemente despertará la afición en los españoles a la agricultura que hoy tan abandonada se encuentra.

—Así será en efecto— le contestó otro—seguro estoy que en cuanto a esos niños se les enseñe prácticamente cuán ventajoso es el cultivo de las tierras, querrán ser todos labradores.

—Labradores—dijo un tercero—tal vez no; pero lo que es terratenientes...

Mr. Pongo, el hombre-mono, no sólo tiene importancia artística, sino científica. La teoría de Darwin parecía la humorada de un sabio. ¿Cómo probar que descendemos de un mono? Mr. Pongo se ha encargado de probarlo.

No es hombre en la escena; es un orangután; anda, salta, se mueve, gesticula y parece pensar como los monos. No tiene manos; sólo tiene cuatro pies. Con los pies coje los objetos, y de ellos se sirve para romper el papel y para llevarse los mendrugos a la boca.

Si Mr. Pongo llega a verse despreciado de los hombres... en los bosques de América tiene asegurado su porvenir.

Mr. Pongo puede soñar, como Napoleón, con la monarquía universal. Sólo que esa monarquía universal es la de los monos.

Los ejercicios que ha hecho hasta ahora Mr. Pongo, sin duda son habilidades para justificar su presentación en la escena. Pero esta noche se lanzará al drama.

Jocó o el orangután... Yo recuerdo haberlo visto cuando yo era muy pequeño. No pude dormir en quince días. Los hombres me parecían monos y los monos hombres. Muchas veces sufrí estas alucinaciones todavía.

Es un espectáculo curioso para el cual se necesita un artista de gran inteligencia. Monsieur Pongo le desempeñará maravillosamente, sin duda.

Mr. Pongo no es mono... Pero, seámoslo justos, merecía serlo.

En la historia del arte francés hay una anécdota curiosa que se refiere al espectáculo de que me ocupo.

Jocó o el mono del Brasil, le estrenó en París, allá por el año 25, un gran pantomimo, Mazurier.

Talma decía: yo no conozco mas que tres artistas: Potier, Mazurier, y, quizás, yo.

Pero, vamos al caso... No basta ser bella y poseer riquezas para ser feliz. Había en París una hermosa y rica brasileña, que se consumía de tristeza; una noche decidió arrojar al Sena. Al pasar por el puente Nuevo vio grande muchedumbre leyendo un anuncio monstruo. La curiosidad la hizo mirar, y leyó: *Jocó, o el mono del Brasil*.

Una brisa, cálida y llena de selváticos aromas, la envolvió entonces como una caricia de la esperanza. El recuerdo de su país... su niñez, sus amores, su llorada felicidad.

—Al teatro de la Puerta de San Martín—le dijo al lacayo.

Y poco después ocupaba un palco proscenio, hermosa y triste, la prometida del Sena. El teatro estaba lleno. Todos la miraron y las mujeres la envidiaron quiza.

Se alzó el telón y apareció un bosque de lianas y cocoteros... Un Brasil de percalina pintado; sobre cuyos datos el alma de aquella mujer reconstruyó el Brasil verdadero.

De pronto, Mazurier saltó sobre la baranda de un proscenio y empezó a recorrer la línea de los palcos. Parecía un mono legítimo, auténtico... Cuando llegó al palco de la hermosa brasileña, se olvidó que era mono, se quedó admirado como un hombre; volvió al escenario, cogió una flor y se la llevó a la dama, que la aceptó, sonriéndose, entre los aplausos del público. Aquella sonrisa espantó a la muerte.

A la noche siguiente, la dama volvió al palco; y el mono no la trajo una flor, sino un bouquet. Y pocos días después Mazurier y la bella brasileña se casaron.

La otra noche hablaba un amigo mío con Mr. Pongo.

—Yo quisiera poseer, como Vd., la imitación del mono. ¿Quién le ha enseñado a Vd. ese arte maravilloso?

—El gran maestro del hombre—le contestó el artista—¡el amor!

—El amor!—exclamó asombrado mi amigo.

—Sí, señor; ¡yo estoy enamorado de una mona!

Mr. Wainratta no es hombre-rata; ni siquiera ratón. Su nombre dió origen a esta equivocación, sin duda.

Pero es un hombre que hace un imposible. En cualquier posición, y sobre cualquier objeto que se encuentra, la vertical de su centro de gravedad pasa siempre por su base.—A esto lo llaman, vulgarmente *equilibrio*.

Todos somos equilibristas. El mayor equilibrio es andar de pie.

Acaso en los tiempos primitivos el hombre anduvo en cuatro. Lo que cuesta hacer que un niño no se caiga! Hay que meterle en una pollera y luego llevarle con andadores. Al menor descuido, héle transformado en zanahoria la nariz.

Solo que nos contentamos con saber andar de pie y no queremos andar sobre alambre. ¿Para qué puede ser útil? En caso de otro diluvio, para marchar sobre los hilos telegráficos. —No tiene otra aplicación.

Mr. Wainratta se viste para su ejercicio un traje excéntrico. Trabaja de frac, corbata blanca y el *gibus* apabullado, en la mano. Así, sobre el alambre, luchando para sostenerse sobre un abismo, parece la caricatura de la sociedad contemporánea.

Este tumbáculo tiene mucha filosofía—me dice.

Después de hacer arriesgados ejercicios, se quita el frac; luego el chaleco; la camisa después; los pantalones, por último, y se queda en traje de punto, con faldellín y adornos de flecos de oro: en traje de *apoteosis*.

El filósofo ha desaparecido: queda solo el titiritero.

Esta noche por primera vez se oirá en Madrid *El violín del diablo*.

El diablo se le ha entregado a la señorita Ferni, que le toca, según dicen, con sentimiento y admirable ejecución.

Un capitán castellano y una gitana son los principales personajes de la obra; y después el Meistófeles, que la regala el endiablado instrumento.

La gitana canta de tiple, y el capitán de tenor. La gitana ha salvado la vida al capitán, y al salvarle, se ha enamorado de él. El capitán está enamorado de otra, que no sabe tocar el violín.

Cuando el capitán va a celebrar sus bodas, aparece la gitana, pulsa el instrumento y el capitán se enamora de ella: la novia y los convidados se quedan con un palmo de narices. Jamás ha producido un resultado igual Monasterio.

Huyen la gitana y el capitán. Pero el diablo ha conseguido su propósito de perdición. El violín pierde su prestigio y suena como si fuera un violón.—Contra el hastío, en verdad, de nada sirven los violines.

El capitán vuelve al reclamo de su antigua novia, que perdona, pensando tal vez en pedirle al diablo un violín; y mientras ellos se casan, la gitana muere de abandono y dolor...

¡Pobre Delia!... ¡Merece su falta perdón: que al fin y al cabo era su caída irremediable estando de por medio el violín!

Díálogo entre dos demócratas al separarse del banquete dado en el restaurant de los jardines del Retiro, a 50 rs. el cubierto nominal. Hemos dado un gran paso para el triunfo de nuestros ideales; ahora...

—Sí, ahora, vámonos... a comer.

Un lunático.

Noticias bibliográficas.

Astronomía popular.—La tierra y el cielo, por Camilo Flammarion, traducida y anotada por D. José Genaro Monti: un volumen de XV—371 páginas.—Madrid: Gaspar Hermanos; 1879.

Entre las personas dedicadas desde hace algunos años a difundir y vulgarizar los conocimientos científicos, dándoles con una exposición agradable por la forma, y con la supresión de los cálculos y de consideraciones áridas por su excesiva precisión, el atractivo necesario para que la generalidad de las gentes se ocupen en ellos, figura en primera línea, sin duda alguna, el antiguo astrónomo del observatorio de París, Camilo Flammarion. Escritor infatigable y de brillante estilo, ha dado a luz gran número de libros casi todos relativos a los estudios astronómicos, físicos y meteorológicos, y bien puede decirse de él que es uno de los vulgarizadores que menos desfiguran la ciencia al presentársela al público. Sin embargo, dejándose arrastrar algunas veces por su imaginación y por el deseo de emplear en la exposición de los principios científicos una frase ampulosa, que no siempre se compadece bien con la verdadera poesía de la ciencia, incurre en errores ó forja teorías, que ni se apoyan en hechos bien observados, ni están aceptadas por los hombres doctos y profundos en la materia.

El Sr. D. José Genaro Monti, al traducir su último libro, que ahora anunciamos, ha salido al paso a esta dificultad, y por medio de numerosas y eruditas notas, que en ocasiones tienen el objeto exclusivo de aclarar el original, y en otras el de combatir teorías ó hechos que no se presentan, ó no se explican bien, ha conservado a esta obra la amenidad que le dió la imaginación de su autor, depurándola con cierto rigorismo científico, para volverla al camino de las verdades admitidas, de que en algunas ocasiones se separa Flammarion, llevando por rumbos desconocidos, y frecuentemente inverosímiles, las exageraciones de su fantasía.

Traducir un libro, es ponerle en condiciones de que le entiendan aquellos que no pueden leerle original; y por lo tanto, el traductor no debe limitarse—y así lo ha hecho el Sr. Monti—a trasladar las palabras de Flammarion de un idioma a otro, sino que debe explicar el texto para acomodarlo a la inteligencia de sus lectores.

Por eso hay en la traducción de la *Astronomía popular* gran número de notas, que sin duda el autor no consideró necesarias en Francia, suponiendo allí mucho mas elevada la instrucción popular. En nuestro concepto, no hacen menos falta que entre nosotros, en un libro destinado a personas extrañas a los estudios científicos.

La parte material de la obra, es igual a la de las otras de Flammarion, publicadas por Gaspar Hermanos.

Conferencias agrícolas de la provincia de Madrid.—Dos vol. de 545 y 661 págs.—Edición oficial.—Madrid: Imp. de Sordo-mudos y ciegos; 1878 y 1879.

El artículo 8.º de la ley de enseñanza agrícola de 1.º de agosto de 1876 determina que todos los domingos se celebren conferencias en las capitales de las provincias del reino.

Es verdaderamente censurable que un servicio de tan notoria conveniencia, que una medida que tan beneficiosos resultados puede y debe reportar a los pueblos no se cumplimente, ni se obedezca mas que en Madrid. Las causas que a ello cooperan no son explicables, porque apenas puede concebirse que las provincias ó las autoridades provinciales rechacen un acuerdo directamente encaminado a desenvolver y aumentar, así en el orden moral como en el orden de los intereses materiales, su prosperidad, bienestar, progreso y riqueza.

Triste es confesarlo; pero sin duda hubiera sucedido en Madrid lo mismo que en provincias, a no intervenir dos circunstancias dignas de mención: la presencia del director de Agricultura, Sr. Cárdenas, en todas las conferencias dadas hasta ahora y el celo con que los ingenieros agrónomos coadyuvan al noble propósito que la ley trató de realizar.

El ministerio de Fomento no ha sido bastante fuerte para hacer que esa ley se obedezca en las provincias. Los delegados del gobierno en ellas no creen tener otros deberes de ineludible cumplimiento que los deberes políticos. Los demás, desatendidos y menospreciados, reflejan y denuncian ese desorden administrativo tan lamentable, que es característico del período actual. El señor director de Agricultura ha querido evitar las consecuencias de aquella funesta desidia y las ha remediado en parte haciendo publicar y circulando profusamente las conferencias agrícolas dadas en Madrid en 1876-77 y 1877-78 contenidas en estos dos volúmenes.

En ellas hay conferencias cuyo carácter práctico las hace dignas de especial recomendación para los agricultores; otras son de un valor verdaderamente científico, cuya utilidad se patentiza con el interés que existe de encauzar nuestros principales vicios de riqueza por el camino seguido en Francia, Italia y Alemania. En general, lo mismo unas que otras responden al objeto inspirado por la ley de 1876, y si tendríamos que tachar muy corto número de conferencias de incompletas, deficientes ó poco meditadas, podemos en cambio ir recordando gran número de ellas que honran a sus autores y que constituyen las mas completas monografías de los puntos sobre que versan.

Tal sucede con las del Sr. Azcarate sobre los insectos útiles y perjudiciales a la agricultura que hay en la provincia de Madrid y sobre la langosta, las del Sr. Botija y Fajardo sobre la teoría general de los abonos, la importancia de la meteorología para la agricultura y la utilidad, ensayo, preparación y empleo de los abonos industriales; las del Sr. Casabona sobre historia de la agricultura y sobre la economía en sus relaciones con la ciencia agronómica.

del Sr. Arce sobre repartición del agua empleada en los riegos, la del Sr. Barinaga sobre fabricación de aguadientes en esta provincia y las de los Sres. Galdó, Espejo, Muñoz y Rubio, Utor, Peñuelas, Saenz Montoya, Graells y Fernandez de la Rosa, respecto de las cuales llamamos de un modo especial la atención de nuestros lectores.

La obra está bien impresa. Dentro de poco tiempo aparecerá el tomo III, de tan interesante lectura como los dos que le han precedido, porque contendrá las conferencias de 1878-79.

Recuerdos de Filipinas, cosas, casos y usos de Aquellas islas, vistos, oídos y contados por Francisco Canales. —Segunda parte.—Un vol. de XX—275 páginas.—Madrid: librerías de Simón y Oskar y Rodríguez; imprenta de Aribau; 1879.

Es la continuación de un libro de amena lectura que el público recibió con aplauso hace algún tiempo por la novedad de los hechos que refiere, la gracia con que los cuenta y la discreta crítica con que los sazona, y embellece su joven autor, maestro en la pintura de caracteres y costumbres.

Las de Filipinas nos son tan desconocidas, como las múltiples necesidades de aquel archipiélago, que nosotros no sabemos guardar bien del afán con que le codician otros países. Esa es una de las primeras condiciones que han valido al libro del Sr. Canales el éxito alcanzado por su primera parte y que contribuirán al de la segunda.

Nos ha sorprendido que el autor tenga que defenderse, al principio de esta segunda parte y contestando a la prensa insular que pone en duda su patriotismo, de cargos que son injustos. El Sr. Canales no los merece, sin duda. Su libro satisface las exigencias del mas escrupuloso, y solo podría achacarse falta de patriotismo, suponiendo que el patriotismo exige en las dependencias ultramarinas el mantenimiento de todos los errores que han dado al traste con nuestro antiguo y vastísimo imperio colonial. Creíamos que el ejemplo de Cuba; harto reciente, había sido germen de mas fecundas y eficaces enseñanzas.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

El mozo de café.

En esta confusión a que, al decir de los defensores del oscurantismo, el progreso nos ha traído, es raro encontrar con caracteres propios y perfectamente definidos los tipos que en el Madrid de ayer, eran fotografía exactísima de nuestra organización social y de nuestras costumbres y divertimientos. Pero la dificultad del hallazgo aumenta el valor de las cosas mas que el propio mérito de ellas, de tal suerte, que los brillantes tengo para mí que no se aprecian tanto por los fulgores de sus laboradas facetas, cuanto por lo escondidos y escasos; y así juzgo que merecen consideración y respeto, ya que no gloria, para los que de liberales nos preciamos, los que apegados eternamente a los hábitos que como herencia recibieron, se enorgullecen de ser hoy lo mismo que ayer y no sueñan con variar mañana.

Hoy, que no hay verdaderas clases sociales, y la sociedad de ordenado escaparaté, donde lucían expuestos conforme a su categoría, todos los hombres, háse convertido en cajón de sastré, revuelto conjunto de géneros y de colores; hoy que todo el mundo se afana por disfrazar su condición y un torero usa levita, y frac un acomodador de teatro, y un escribiente va mejor vestido que un ministro, merece aplauso un tipo que bien pudiera tenerse por clásico: el mozo de café.

Ni los años, ni los acontecimientos han pasado por él, ni alterado en nada sus costumbres. El café podrá haber sustituido sus antiguas mesas de sucia madera por otras de blanquísimo mármol, en que los parroquianos jóvenes escriben nombres de mujeres, y los parroquianos viejos dibujan mapas de guerra; las raquíticas lámparas de aceite las habrá desterrado deslumbradora la luz de gas, y el vistoso papel donde aparecían groseramente pintadas todas las glorias guerreras de la patria, ha dejado su puesto en las paredes a los grandes y magníficos espejos que las cubren; pero el mozo es siempre el mismo, y aunque los dueños, envidiosos de su constancia, quieren reducirle y desacreditar su fidelidad, obligándole a lucir la nivea corbata; conviene advertir que la corbata no hace al mozo de café, como el hábito no hace al monje, y que el mozo que no dejará de llamarse así aunque aventaje en años al mismísimo Matusalen, no ha merecido ser culpado de apóstata.

Miradle con su negro traje y sus tradicionales patillas que a dos interrogaciones se parecen, entretenido en limpiar la mesa que de él está mas próxima, con el blanco paño que nunca le abandona, ni cesa de hacer viajes de las manos al hombre y del hombre a las manos. Está reflexionando, porque su memoria acaba de recordarle que un señorito a quien llama parroquiano, se fué la noche anterior sin pagarle por olvido el café que tomó con media tostada de abajo. Problema difícil. ¿Qué hacer? El mozo vacila entre decidirse por la pérdida segura de dos reales, ó por la pérdida probable de una propina diaria de cuatro cuartos. Va a decidir, pero siente fuertes palmadas y todo lo olvida ante aquella voz del deber que le llama, aplaudiéndole. Acaba de entrar un parroquiano.

En el café no se saborea nada con tanto gusto como la conversación, porque es el templo erigido en holocausto a la charlatanería desde antes que D. Hermógenes le hiciera teatro de sus distinguos, y todos los aprendices de ministros escuela de elocuencia.

Bien lo sabe el mozo, y por eso, mientras el falsificado moka humea, y el parroquiano espera a sus amigos ó al folletín de *La Correspondencia*, sabe entretenerle hablando del frío, del calor de los parroquianos que no pagan,

de las parroquianas bonitas, de lo que ha ocurrido y de lo que puede ocurrir. El repertorio es inagotable; pero el tema mas frecuentemente usado es la política. En este punto se manifiesta el mozo de café conservador, no de las instituciones, sino de la parroquia, lo cual quiere decir que, como los concurrentes al café no se acuerdan la lengua, y el mozo no es tonto, aunque los días festivos lo parece, ha tenido ocasión de saber a qué opinión pertenecen sus favorecedores, y de ella se muestra decidido y enérgico partidario.

Los conocimientos del mozo de café son enciclopédicos, pero poco profundos. Lo que sabe lo sabe de oído, como las señoritas de pueblo tocan el piano. Su periódico es *El Diario de Avisos* los mas de los días, y los lunes *El Tío Conejo*, en pintura recuerda algunos grabados de *La Ilustración*, y de las piezas de música que en el café se interpretan ordinariamente solo conoce por su nombre el *Ace-Maria*, *La Stella confiante* y *la Mandolínata*, que son las que por encargo de las parroquianas sentimentales todas las noches suplica al pianista, que ejecute. Aborrece los domingos y los domingueros; sabe mejor que el Padre Nuestro la vida y milagros de todos los que le dieron propina tres veces y no de los que no se la dieron, porque a esos no quiere verlos ni en pintura; para él amor y media tostada son sinónimos, y ¡cosa rara! los aplausos ruidosos que tanto embriagan a los oradores, le incomodan, porque casi siempre le proporcionan una reprimenda de su amo por descuido ó poca actividad.

¡Lástima que el mozo de café no dé mas valor a la patria que al hombre que paga por el café solo doce cuartos y medio! Triste es confesarlo, pero es verdad. El mozo de café no es español; es inglés por naturaleza y gracia.

Por naturaleza, porque presta a algunos de sus parroquianos, y eso le da carta de naturaleza entre los ingleses; por gracia, porque le hace gracia que le paguen a la inglesa.

MIGUEL MOYA.

A tal señor, tal vasallo.

(Leyenda histórica.)

I.
Acababa Enrique IV de Castilla de ascender al trono que tan indignamente había ocupado.

Empezaba aquel rey débil y pusilánime a entregar las riendas del gobierno a favoritos ambiciosos y depravados y a dispensar cuantas mercedes.

Las ciudades de Castilla se resignaban de mal talante a tales desfilfarros, y aun algunas habían protestado de ellos con las armas en la mano.

Contábase entre ellas Escalona, villa situada en el arzobispado de Toledo, que aunque del título de ciudad carecía, por su excelente posición topográfica, sus admirables puntos de defensa, sus almenados muros y fuertes barbacanas, era tenida por una de las mas importantes poblaciones del reino de Castilla. Levantada por condición y guerra por temperamento, orgullosa y altiva por la grandeza de los señores a quienes siempre había pertenecido, varias veces había esta villa prestado a prueba el valor de sus habitantes y la paciencia de sus reyes, ya aliada con otras ciudades, como lo hizo para combatir la privanza de D. Alvaro Osorio en tiempo de Alfonso XI, ó ya sola, completamente sola, contra el poder de los monarcas, como sucedió en tiempo de D. Juan II, después de la muerte del famoso D. Alvaro de Luna, sin que en ninguna de ambas ocasiones pudieran los sitiadores coronar sus intentos de humillar la altivez de la soberbia villa.

Subido es que después de la muerte del condestable, su esposa doña Juana de Pimentel, haciéndose fuerte en dicha población, se había rebelado contra el monarca, habiendo este de retirarse después de un largo y penoso asedio, sin poder tomarla, contentándose únicamente con las dos terceras partes de los tesoros que el desgraciado favorito había acumulado durante su privanza, y que se conservaban en el magnífico palacio de Escalona.

Esta, por tanto, fué la única que, en union al condado de Santisteban, quedó a favor de D. Juan de Luna, hijo del condestable, y en la época en que acontecian los sucesos que vamos a referir, pertenecía a doña Isabel de Luna, hija de D. Juan y nieta por tanto del infuortunado D. Alvaro, la cual doña Isabel, que además de rica era joven y hermosa, vivía bajo la tutela de un tío suyo llamado también D. Juan de Luna, a la sazón gobernador de la ciudad de Soria.

Entre los muchos nobles que lisonjeando las pasiones del débil monarca, habían logrado un alto puesto en la corte, ninguno había llegado a monopolizar el favoritismo del soberano tanto como el astuto y ambicioso don Juan Fernandez Pacheco, marqués de Villena.

Varias eran las poblaciones que en concepto de donativo había recibido de la munificencia del monarca; mas nada bastaba a calmar la desmedida ambición del favorito, que anhelaba añadir a sus Estados la rica y poderosa villa de Escalona, para lo cual pensó unir en matrimonio a su hijo primogénito con la bella doña Isabel de Luna, que con razon pasaba por una de las primeras damas de la fastuosa corte de Castilla.

Apresuróse a poner en práctica su proyecto, mas no contaba con la entereza y la hidalguía de D. Juan de Luna, que conociendo los móviles ambiciosos que guiaban al de Villena, y no queriendo exponer a doña Isabel a ser objeto de vergonzoso tráfico, se negó resueltamente a acceder a las pretensiones del favorito.

Irritado con esta negativa el amor propio del orgulloso privado, que no vivió tranquilo hasta obtener del monarca la real cédula de destitución y encareamiento del generoso é infuortunado D. Juan de Luna; mas no bien se hubo llevado a cabo tan injusta determinación, y ya Escalona se había levantado en armas; protestando enérgicamente de la extrema condescendencia del monarca y de la villana conducta de su favorito.

Nada podía cuadrar tanto a los designios de éste como una rebelión de la villa, pues nada mejor que esto justificaba la odiosa usurpación que proyectaba llevar a cabo; así es que, con pretexto de someterla a la obediencia real, se dirigió contra ella a la cabeza de numerosas huestes, creyendo que sólo a la vista de sus ejércitos había de rendirse inmediatamente la población.

En efecto, entablóse el sitio. Cubriéronse de blancas tiendas las pintorescas riberas del Alberche, a lo largo de las cuales se paseaba tranquilo el favorito, dejando vagar por sus labios una sonrisa de triunfo cada vez que sus miradas se fijaban en la heroica villa, cuya resistencia le parecía una temeridad.

Pero la entereza de los vecinos de la población aumentaba conforme pasaba el tiempo. Habíanse abastecido convenientemente, y con esto, y con los medios que del palacio podían disponer para defenderse, se proponían dar una lección al orgulloso favorito, que ya contemplaba con disgusto cómo ondeaba orgullosa y altiva sobre la torre del Homenaje la bandera con la media luna menaguante, escudo de D. Alvaro, que tan importante papel desempeñó en la célebre batalla de la Higuera.

Al fin, cansado de las penalidades del sitio, viendo que éste se prolongaba, retiróse a la inmediata villa de Buenavista, desde cuyo punto entró parlamentarios a Escalona intimándola la rendición, a la cual contestó la villa que depositaría las armas, «sólo por mandato del rey desquies que éste hubiera puesto en libertad a D. Juan de Luna.»

II.

Así sucedió. Viendo el sitio era inútil y la rendición imposible, el monarca puso en libertad a D. Juan é intentó con él para que el proyectado matrimonio se llevara a cabo, como mas adelante se verificó.

Escalona, por tanto, después de las armas, no sin algun recelo por parte de sus sagaces habitantes, y el marqués de Villena con sus tropas que aun no se habían retirado de las inmediaciones de la villa, penetraron en ésta al parecer como alia los, pero en el fondo como verdaderos enemigos; y desde el momento en que se levantó el uso de las

armas que había recibido, las otras de los trabajos que durante el sitio habían tenido que sufrir.

No eran vanos los temores de los habitantes de la villa; pues apenas hicieron su entrada en ella los sitiadores, cuando el marqués se posesionó del magnífico palacio construido por el condestable D. Alvaro, y las tropas se esparcieron por la población haciendo sufrir a sus habitantes toda clase de injurias y tropelías.

No eran los escaloneses gente acostumbrada a tales tratamientos, que todos sus señores les habían guardado siempre grandes consideraciones: así es que al verse de tal manera ofendidos por la soldadesca, reunieron en amenazadora actitud en la plaza de la villa, exigiendo del conde de ésta, tratara de poner término a aquella situación si quería evitar mayores males.

No necesitaban los que el conde componían de tales excitaciones, que todos ellos eran hombres encañados en la lealtad, la honradez y el valor, y no sufrían por tanto humillaciones de ningún género; así es que ya se hallaban reunidos disponiéndose a marchar al palacio en que habitaba D. Juan Pacheco y hacerle ver lo indigno de su comportamiento.

Presidia dicho conde Pero Alvarez, descendiente de los hermanos Diego y Domingo, que por orden de Alfonso VI repoblaron la villa después de la reconquista; y era un hombre que había servido largos años en la guerra bajo la bandera de los Lunas, a los cuales tenía un cariño casi tan grande como al pueblo que lo vio nacer. Aun que anciano, aún era vigoroso; y si bien era atento y respetuoso con sus superiores, cuando por tales les reconocía, era también estrepandamente altivo y orgulloso para aquellos que ninguna autoridad directa tenían sobre él. Tal era el hombre que, al frente del conde de la villa, iba a entenderse con el despótico y poderoso marqués de Villena.

Empezaba a cerrar la noche, cuando llegaron a las puertas del palacio.

Este es grande, magnífico, bien defendido por fuertes torres, que en aquella época le hacían inexpugnable. Se halla a un extremo de la villa, separado de ésta por un profundo foso, y situado sobre una eminencia bastante elevada, cuyas laderas, casi perpendiculares y llenas de precipicios, bajan al Alberche, circundándole por las demás partes el profundísimo barranco de Tordillos; y quedando, por lo tanto, la fortaleza completamente aislada, y a cubierto de asaltos y embestidas de todo género.

Cruzó el conde el puente levadizo, a tiempo que ya sonaban las cadenas para levantarle; entraron en el palacio, cruzaron la gran plaza de armas, pasaron otro segundo foso que existe en el interior del castillo, y guiados por un hombre de armas, penetraron en un inmenso y abovedado salón donde recibieron orden de aguardar la contestación a su misiva.

Permanecieron allí largo rato devorados por la impaciencia, hasta que volvió el soldado que allí los había conducido, diciéndoles que su señor no podía recibirlos; que tuviesen calma, y que otro día escucharía sus quejas.

—Esta noche ha de ser—respondió vivamente Pero Alvarez—nuestra demanda es justa; el estado de la villa no puede prolongarse una hora mas.

—Pues ved lo que haceis, que el señor marqués no ha de recibirlos.

—Habría de recibirlos—vive el cielo! de grado ó por fuerza, que yo sabré abrirme paso hasta él.

Y sin aguardar la respuesta del soldado, arrollóse con violencia y se presentó activo en la puerta de la cámara en que se hallaba el marqués de Villena, que era una de las del ala izquierda del palacio, cuya ventana daba al río.

—Dios os guarde, señor marqués—dijo Pero Alvarez desde la entrada de la habitación.

—Pero Alvarez!—repuso el de Villena.—¿Con qué derecho llegáis de ese modo hasta mí?

—Señor, con el que me dá mi autoridad en la villa.

—Basta, miserable! arrojadme en mi presencia, como ante tu señor, que así es como debe hablarse al marqués de Villena, al conde de S. A. el señor rey D. Enrique IV.

—Señor, sólo ante S. A. debo yo la rodilla; ante mi señora doña Isabel de Luna la cabeza; ante vos, que ni sois mi rey ni mi señor, no me creo obligado a tal homenaje.

—Ah, villano! ¿habráis de arrojarme ó vive Dios que temeréis mis ira?

—Señor, dejad aparte vuestro orgullo y escuchadme, que por mis labios os habla toda la villa.

—¿Qué me importan las quejas de tu maldito pueblo? Primero es mi honra y mi grandeza; vindeme de rodillas pleito homenaje ó no has de salir con vida de mi palacio.

—¡Jamás! exclamó con ira Pero Alvarez.

—Lo veremos, por mi vida, ¡fiola, ballosteros! arrojad por fuerza a este miserable labriego, que he de hacerle sentir el peso de mi cólera.

Aún no había terminado la frase el poderoso marqués de Villena, y ya se habían presentado en la habitación cuatro robustos ballosteros que se dirigían con rostro amenazador hacia Pero Alvarez.

Mas éste, antes de darlos tiempo a llegar hasta él, se adelantó rápidamente a una de las ventanas, la abrió de par en par y exclamó dirigiéndose al magnate: «Aprende, miserable, a conocer a la gente de esta heroica villa; antes que someterse a tu despotismo mil veces seguirían mi ejemplo todos sus habitantes.

Y dichas estas palabras se arrojó precipitadamente por la ventana, yendo su cuerpo rebotando, por peñascos y precipicios, a parar destrozado y deshecho a las tranquilas aguas del Alberche, que a la siguiente mañana daban testimonio, con sus rojizas ondas, de la heroicidad de que durante la noche habían sido testigos.

Los demás individuos del conde fueron puestos en libertad inmediatamente. El poderoso marqués de Villena con sus tropas abandonaron la villa, y si bien el matrimonio anhelado se verificó de allí a poco tiempo, los marqueses de Villena que en el señorio de la villa se sucedieron, trataron siempre a sus habitantes con la deferencia y la atención de que son siempre dignos los hombres honrados y valerosos que saben dar la vida por su dignidad y su independencia.

FERNANDO SOLDEVILLA.

Los helados.

(Higiene y medicina popular.)

No há mucho que un periódico noticiero proscribía en absoluto el uso de las bebidas heladas, diciendo que la acción de éstas sobre el organismo, no sólo era perjudicial sino mortal, contando que la leche helada gangrenaba el estómago, y como esta asertando otras aserciones tan atrevidas como desprovistas de fundamento.

Un suelto lego no debe tomarse en consideración: pero habiendo ocurrido repetidos y graves accidentes en esta corte a personas que habían tomado helados y habiendo alarmado esto a muchas familias contra estos preparadidos; yo, que he tenido varios de esos casos, creo de alguna utilidad señalar el verdadero origen del mal y la causa productora de estos accidentes.

No voy a entrar a estudiar el uso de los líquidos helados sobre el organismo, porque es punto de sobra conocido; sólo sí indicaré que si es cierto que el uso imprudente de estas sustancias, cuando perturbaban las digestiones ó son recibidas por el cuerpo vivamente excitado, y traspirando por la acción del calor excesivo, suele acarrear fenómenos morbosos casi siempre, puedo asegurar que los accidentes que producen son debidos al fraude de su composición, y sobre todo, a la falta de cuidado higiénico en la manera de confeccionarlos.

El abandono en que el municipio tiene en todo lo que se refiere a la salubridad pública y el abuso consiguiente a la incuria de la administración, son las verdaderas causas y el principal motor de los malos efectos que producen los helados sobre el organismo.

Todas las personas que tomaron una de las

mas usadas preparaciones de esta especie, procedente de un café, que no nombre, del centro de esta capital, sufrieron una afección cólica bastante violenta, y que en los casos que yo observé presentaba el sintoma de la intoxicación producida por las sales metálicas. Dias después, otra ocurrencia análoga se ha repetido con mayor gravedad de las personas atacadas, y que tambien al decir de los profesores que lo observaron, podía atribuirse a la acción deletérea de los metales. Es indudable que unos mismos síntomas, que se presentan consecutivos a la ingestión de un helado, en personas de edad, sexo, temperamento, costumbres y posición social del todo semejantes, deben ser producidos y obedecer a una causa específica que radica en el helado. Esta causa puede ser el subcarbonato de cobre (cardenillo), los óxidos del mismo metal y las sales del plomo que se forman con tanta facilidad en las garrafas y heladoras y en los peroles, moldes y demás utensilios que se usan, ya para guardar los jugos de las frutas para preparar, helar y fabricar los sorbetes.

Una corta cantidad de cualquiera de las sales antedichas, que se forma tan fácilmente en una vasija que no se limpia a menudo, basta para determinar un envenenamiento bastante molesto, y grave a un gran número de personas, las cuales sufren de dolores, ansias, calambres, vómitos, y todos los angustiosos síntomas del mas violento cólico.

Los antiguos médicos españoles conocían ya los inconvenientes que ocasiona el poner a enfriar los líquidos en vasijas de cobre ó plomo. Nicolás Monardes (1571) declama ya contra los abusos de los preparadores de helados y refrescos, que ponían a entrar las bebidas en los pozos en vasijas de cobre. Micon dice tambien lo mucho que dañaría el vino puesto a resfriar en un vaso de cobre, mayormente, dice, si no está el vaso ó botija con que se refresca muy bien, y de muy buen estado, estañada. Cardoso, Jerónimo Pardo Torralva y Escobar, en su *Medicina Patria*, escribieron con gran conocimiento práctico sobre esto, y sobre todos, el célebre doctor Luzuriaga, autor de la tan celebrada *Disertación sobre el cólico de Madrid*, el cual dice que una de sus principales causas está en las bebidas heladas de las botillerías, alozerías y puestos de agua de cebada; y añade que pocos médicos prácticos hay que no atribuyan a esto los dolores cólicos tan violentos y frecuentes que se producen en la corte. El sabio D. Andrés Piquer temblaba con sólo oír el nombre de las botillerías, y la opinión pública se había declarado tambien en contra de ellas, en vista de los funestos resultados que producían.

Mas cuidadoso de la salud del pueblo que nuestras actuales autoridades, los señores Alcaldes de Casa y Corte de la villa de Madrid en el año de 1791, mandaron, antes de aprobar las ordenanzas del gremio de botilleros, al doctor Luzuriaga a examinar las oficinas donde se confeccionaban los helados, el cual vió innumerables abusos y atentados contra la salud, y en un erudito informe asesoró al conde para que cortase de raíz las causas del pernicioso cólico (cólico dice), fomentado con la ignorancia y la malicia de los preparadores de los helados.

Menos felices hoy, no tenemos quien vigile ni inspeccione la calidad de las sustancias que entran en la composición de las bebidas heladas, ni los utensilios en que se preparan, y en esto, como en todo lo que se refiere a la alimentación, está el pueblo de Madrid sujeto al azar y a la discutible buena fé del comercio, sin una organización sanitaria que le ponga en lo posible a cubierto de los fraudes y de las adulteraciones.

De nada sirve que por acaso alguna vez, ó tras de un suceso desgraciado, ó en el aturdimiento de un conflicto sanitario, un teniente de alcalde salga, animado de la mejor buena fé, a visitar los establecimientos alimenticios; todo lo que no sea una vigilancia continua, perita, ordenada y debidamente sujeta a una dirección científica, es completamente inútil. Los conflictos sanitarios que han venido ocurriendo sucesivamente lo están diciendo y demuestran claramente que el municipio de Madrid no se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena.

Para concluir, diré, que aunque, a pesar de que empergaminan los autores atribuyen al sanguinario Neron el invento de beber líquidos helados, creo que no debe en absoluto anatematizarse, a pesar de su cruel abolegencia, una costumbre que la elevación de la temperatura durante el estío en nuestros climas, convierte en una intuitiva necesidad.

En las personas que tienen la garganta, los bróquios ó los pulmones delicados, que fácilmente contraen ó han padecido a menudo ronqueras y catarros, y en aquellos otros de sistema digestivo é inervación ventral fácilmente afectable, ciertamente pueden acarrear los helados perjudiciales y funestas consecuencias; pero en la generalidad de los individuos, usados moderadamente son útiles y agradables en la época estival, y hasta algunos autores como Suarez de Ribera en sus *Reflexiones anticólicas, experimentos medicos prácticos, quimicogalénicos*, etc., y tambien el célebre Zaezto Lusitano, lo consideran específicamente anticólico.

Pueden los helados dividirse en tres grupos: ácidos, como el de fresa, grosella, limón, útiles a las personas robustas y sanguíneas; los compuestos de sustancias animales, azoadas ó grasas, como el mantecado, leche morenada, etcétera, que suelen ser los que mas fácilmente producen, aun bien confeccionados, indigestiones; y los neutros, como el agua de cebada, el sorbete de arroz, el de melon tan celebrado de Marsella, etc., y en cuyo grupo se incluye el formado con el tubérculo de la juncia avellanada, el mas agradable, refrescante é higiénico de estos, la horchata de chufas, el helado nacional.

DR. PARADA Y SANTIN.

París.

El gran acontecimiento de la semana ha sido la fiesta dada por Gambetta en el palacio Borbon, en celebridad del aniversario de la toma de la Bastilla.

Al mismo tiempo que el populoso arrabal San Antonio iluminaba sus ventanas, y numerosas legiones de obreros, que descendían de Montmartre y de la Villette, pasaban al pie de la columna de Julio descubriendo sus cabezas respetuosas y solemnemente, inmensas filas de obispos llenaban el anillo de Orsay, la calle de la Universidad y los puentes de la Concordia y los inválidos, penetrando en el palacio de la Presidencia.

El palacio está separado de la sala de sesiones por un jardín; en este jardín, iluminado a giorno, alzabase una gran tienda, ocupada por una música militar, y en el fondo velase el gran pórtico, dando frente a la avenida y coronado por un dosel. Una vez dentro del edificio, los invitados penetraban en un gran vestibulo, donde con todo rigor se les exigía sus tarjetas de invitación.

Después del vestibulo se entra en un soberbio salón de mármol cubierto de inmensos espejos. De aquí se pasa al gran salón de Luis XV, donde Gambetta, de pie, recibe afablemente a cuantos van llegando. El grupo que empieza a formarse alrededor del presidente de la Cámara es cada vez mas nutrido; embajadores y generales ocupan casi totalmente el primer término.

A las diez en punto un murmullo recorre todos los salones, una grande animación se pinta en todos los semblantes; resuenan en la calle ruidosos pisos; la música militar del jardín entona la Marsellesa. El presidente de la república hace su entrada en el salón de Luis XV; avanza solo, sin afectación, sin séquito, sin una cruz, sin una cinta, pero en medio de las mayores muestras de respeto y de cariño. Al darse la mano los dos presidentes hay un instante de expansión entre la concurrencia. Ambos atraviesan una serie de salones que conducen a un nuevo vestibulo. Este vestibulo comunica a la izquierda con el gran jardín exterior, a la derecha con la anchurosa sala del buffet, y enfrente con la Sala de Fiestas.

La Sala de Fiestas: es una gran galería por medio de la cual se unen el palacio del Presidente y el palacio de la Cámara, es justamente aquella galería tan bien descrita en la *Historia de un crimen*, por Victor Hugo. Tiene sobre el jardín cinco grandes ventanas, está iluminada por cuatro lucernas y multitud de candelabros que forman un total de cuatrocientas luces. Paralelamente, al lado opuesto de las ventanas, corre una espaciosa galería llamada «del duque de Morny», que comunica por cinco grandes y graciosas arcadas con la Sala de Fiestas, sirviéndola de desahogo. Vénse por todas partes decoraciones y tapices de los Gobelines. Brilla en todo el local el estilo del Renacimiento.

En el fondo de esta Sala de Fiestas, dando espalda a los corredores de la Cámara, se levanta el escenario. En la primera fila de los asientos destinados a los espectadores hay tres sillones dorados, el del centro lo ocupa el presidente de la república, que tiene a su derecha a monsieur Martel y a su izquierda a Mr. Gambetta. Dos mil personas inundan la sala; mas de otras mil se esparcen por los salones contiguos y por el jardín exterior, y la fiesta da principio.

Mr. Faure, el rey de los baritonos; comienza con el aire *El sitio de Corinto*. Hay en la voz de este artista cierto temblor indudablemente de mucho mérito, pero que no a todos agrada. Lo que no se puede negar es que Mr. Faure es el gran cencilador de frases. Mlle. Richard cantó enseguida el aria de *La Reina de Saba*, de Gounod, arrancando aplausos. Pero, cuando el entusiasmo se desbordó, fué al llegar al duo de *Mireille* ejecutado por Mlle. Bilbaut-Vanchelet y Mr. Talazac, los dos grandes artistas hoy tan a la moda. Fué notabilísimo el coro de *Psyché* que cantaron los alumnos del Conservatorio. Siguió la romanza de *Las bodas de Figaro*, interpretada magistralmente por la Carvalho, y el duo de *La Mutta de Portici*, por Faure y Talazac, dió fin a la primera parte.

Un delicioso intermedio ejecutado por Coquelin, de la Comedia Francesa, fué ruidosamente aplaudido.

La segunda parte fué interesante como la primera: el gran duo de *La planta encantada*, de Mozart, por la Carvalho y Faure; el coro de *Fl. lemon et Baugis*, de Gounod, por las alumnas del Conservatorio; el aria de *Los Diamantes de la Corona*, de Aubor, por la Bilbaut-Vanchelet, y el cuarteto de *Rigoletto*, en italiano, por la Carvalho, la Richard, Faure y Talazac.

El concierto, como se ve, había sido admirablemente combinado, y todos los grandes artistas que en el tomaron parte parecían excederse a si mismos; tan magistralmente desempeñaron su cometido. Terminado el concierto, el presidente de la república y Mr. Gambetta, cogidos del brazo, bajaron al gran jardín, seguidos por casi todos los ministros y embajadores, y por gran número de generales, senadores y diputados.

La inmensa concurrencia que había inundado los salones del palacio Borbon se lanzó tras de aquel séquito brillante. Diez focos de luz eléctrica destellaban en torno del gracioso salto de agua que ocupa el centro del jardín; el golpe de vista era fantástico; la multitud se apiñaba al paso de los dos presidentes; un gran pabellon cubierto de terciopelo morado se había construido junto a la fuente con objeto de que Grevy gozase de aquel magnífico punto de vista; al ir a entrar en el citado pabellon, la banda municipal, colocada enfrente, comenzó a tocar la Marsellesa, y Mr. Gambetta, sin poder contener su júbilo, dijo a Mr. Grevy con voz tan clara y firme que todos oímos:

—La voi-là, la voi-là!

Esta frase fué acogida con entusiastas aplausos.

A la una próximamente terminó la espléndida fiesta. Todos los periódicos, sin distinción de partido, tributan grandes elogios a Mr. Gambetta, que en persona la ha preparado, fijando se hasta en los mas minuciosos detalles.

Los legitimistas han celebrado la fiesta de San Enrique; los bonapartistas han convertido tambien en una especie de fiesta las exequias del príncipe imperial. Unos y otros figuranse tocar ya con la mano sus respectivos triunfos.

Nada mas curioso que presenciar cómo legitimistas y bonapartistas se disputan el trono que aun no existe.

Pero hay algo mas curioso todavía, y es el sitio que destinaron al marqués de Molins en la revista militar del domingo.

Hallábase el célebre marqués entre el Nuncio y el embajador de China. Esto le proporcionaba la ocasión de hacer a este último grandes elogios del gobierno conservador-liberal que España disfruta.

Porque hay cosas que sólo se le pueden decir a un chino.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

París 18 de julio 1879.

Ins. de EL LIBERAL a cargo de L. Polo, Almudena, 2.